

relatos de agosto



ILUSTRACIÓN: CARLOS HERNÁNDEZ

Ginés S. Cutillas

El 'luthier'



TRAS colocar de nuevo el puente en el chelo el viejo 'luthier' agarró el arco y frotó con fuerza las cuerdas. El oscuro taller que regentaba en el barrio gótico de la ciudad se llenó de gemidos. Permaneció unos segundos contemplándolo en silencio y buscó a su ayudante para comentarle el último diagnóstico. Se acordó entonces que hacía horas que el joven aprendiz se había ido dejándolo solo. Llevaba casi un año intentando que aquel ser de madera con forma de mujer escupiera notas limpias. Atribuía su fracaso a su edad. Se sentía decrepito, cansado y falto de vista. Ese mismo ímpetu lo trasladaba a su vida personal y era consciente de que su mujer, mucho más joven que él, se había cansado ya de la pesada sombra que arrastraba. El taller no daba todo el dinero que deseaba para complacer los numerosos caprichos de su esposa y él, por más horas que dedicara al negocio, a duras penas conseguía mantenerlo abierto. Había llegado a tal punto que se encontraba más cómodo entre aquellas angostas paredes –lejos del alcance de tantos reproches– que en casa. Sin darse cuenta se había convertido en una especie de ermitaño que dedicaba más tiempo a su profesión que a su mujer, que poco a poco se había ido alejando de él. Primero de palabra y luego de hecho. Ya ni siquiera dormían en la misma cama y el recuerdo del dulce sabor de su piel desnuda se desdibujaba entre las numerosas noches solitarias. No entendía cómo una mujer tan exuberante no tenía las necesidades que él como podía, iba apagando. O quizá más bien, no quería pensar el modo en que ella las podía sobrellevar. Cuando los malos pensamientos asediaban su cabeza volvía de forma automática a sumergirse en el trabajo.

Había estudiado aquel violonchelo desde todos los puntos de vista posibles, incluso había estado indagando sobre la naturaleza de la madera sobre la que estaba esculpido. Ninguna de las más típicas –pino, arce, abeto o cedro– se había empleado en su construcción y a ello atribuía gran parte del problema. Que no volviera el cliente a recogerlo, ni tan siquiera a preguntar por él, sólo hacía que acrecentar el halo de misterio que lo envolvía. Parecía como si hubiera querido deshacerse del violonchelo dejándolo allí. Quizá –como le estaba pasando al 'luthier'– se había obsesionado tanto que al final no le había quedado otra opción que abandonarlo.

Agotado, decidió por primera vez en mucho tiempo salir antes para alejarse también de sus miedos y obsesiones. Al doblar la última esquina que lo separaba del portal de su casa presenció cómo su mujer salía con el mejor de sus vestidos y maquillada de una forma que ya casi había olvidado. Un reflejo incontrolado le hizo esconderse en la penumbra de un portal. Tras unos segundos de amarga incertidumbre decidió seguirla a una distancia prudencial. Cruzaron el barrio antiguo y se adentraron en un barrio más humilde. Extrañado, comenzaron a pasear por su mente los peores fantasmas. Fue entonces cuando vio con sus propios ojos cómo un hombre de edad aproximada a la de su mujer y vestido con tan solo unos pantalones y una camiseta de tirantes la esperaba en el portal de su casa. Ésta llegó y dándole

un apasionado beso en los labios desapareció tras el umbral. El anciano 'luthier' sintió entonces que le faltaba el aire y cayó temblando de rodillas al suelo. Tras unos minutos de confusión buscó refugio en el taller y apagó su ira estrellando un violín contra la pared. Cuando por fin se tranquilizó, se culpó así mismo de haber descuidado a su esposa y decidió que a partir de entonces se centraría más en ella y dejaría que aquella aventura se diluyera con el tiempo.

Volvió a su casa y esta vez sí que encontró a su mujer que salía de la ducha. Le preguntó que por qué se lavaba a aquellas horas y ella contestó que tenía calor. No quiso seguir preguntando para evitar más mentiras. Se acostó y dejó que muriera aquel maldito día.

A la mañana siguiente intentó retomar su vida en el punto que la había dejado. Nada más llegar al taller le dijo a su ayudante que probara el chelo en la trastienda y que emitiera una opinión acerca del nuevo puente mientras él atendía a los clientes. El aprendiz se retiró al cuarto trasero que hacía la vez de almacén y buscó la postura correcta para tocarlo.

La campanilla de la puerta anunció al primer cliente. El 'luthier' alzó la vista y se quedó petrificado al descubrir al dueño del violín que había destrozado la noche anterior. Cuando se repuso de la sorpresa, decidió mentirle alegando que todavía no estaba arreglado. Con eso conseguiría tiempo para pensar en cómo salir de aquel lamentable entuerto. Pero al abrir la boca para poner voz a la mentira el sonido del violonchelo inundó la tienda y el anciano comenzó a explicarle entonces que la noche anterior había pillado a su mujer con otro y que sintió tanta rabia que lanzó su preciado violín contra la pared haciéndolo trizas. El cliente se quedó estupefacto sin saber qué decir. La música cesó y fue entonces cuando el 'luthier' se dio cuenta de lo que había hecho. Tras disculparse reiteradas veces prometió sustituirlo por uno de igual o superior calidad. Cuando la puerta de la tienda se cerró tuvo que apoyarse en el mostrador para soportar el peso de la vergüenza. ¿Por qué se lo había contado a aquel desconocido?

El aprendiz surgió de repente con el violonchelo en la mano y le comentó los fallos que había

encontrado. Notó que el 'luthier' no le escuchaba e interrumpió sus explicaciones para preguntarle si se encontraba bien. Al menos su ayudante no había oído nada de su penosa confesión.

Cayó la noche y al quedarse solo en el taller se sentó a reflexionar sobre lo sucedido. Tras un par de horas llegó a la conclusión que aunque quisiera ocultarse de la triste realidad, ésta saldría a borbotones como el agua a presión por una cañería rota. Aun así, decidió seguir con el papel de marido ignorante y de pronto se encontró en la taquilla de la ópera comprando entradas para la noche siguiente. Ese acto de valor –el de enfrentarse a la ventanilla de un sitio que significaba espectáculo y entretenimiento– le infundió ánimos, tantos que incluso se fue silbando hasta casa. Desaparecieron cuando comprobó que su mujer todavía no había llegado. Miró la hora para ver si es que acaso había vuelto antes de lo normal. No, no era eso. Era que a ella ya no le importaba ser descubierta.

Cuando por fin llegó, con el mismo vestido que llevaba la noche que la siguió y con los pelos alborotados, no pudo evitar enunciar la dolorosa pregunta de la que no quería saber su respuesta. «¿De dónde vienes?». A lo que ella comenzó a contestar que había ido a comprar algo para cenar y que se le había hecho tarde y que... Entonces se le escapó la segunda pregunta. «¿Y dónde está lo que has comprado?».

Acorralada, permaneció callada. A punto de llorar estaba cuando su viejo marido se adelantó mostrando las entradas para frenar la confesión. Sorprendida, desapareció el gesto de culpabilidad de su rostro para dar paso a una sonrisa desconfiada. Aquella noche hicieron el amor por primera vez en un año.

Al abrir la tienda pensó que el mundo le sonreía. Intuía que iba a ser el mejor día desde hacía mucho tiempo. Estaba convencido que su mujer daría por concluida su aventura y que todo volvería a ser como antes de que se obsesionara tanto con su trabajo. Si nunca se lo contaba entonces nunca habría sucedido y por tanto no tendría que tomar la fatal decisión.

Tras colocar el alma al violonchelo se lo cedió al aprendiz para que hiciera las correspondientes pruebas. Entonces la puerta de la tienda se abrió para descubrir al único amigo que aún conservaba. Incómodo por la visita inesperada, pensó que era la última persona que debía enterarse de lo de su mujer. Sería tanta la vergüenza y tanta la presión por su parte que tendría que abandonarla sin remedio. Tras estrecharse las manos e invitarle al café de rigor surgió la pregunta que quería evitar: «¿Qué tal con tu mujer?».

La mentira ya estaba saliendo de su boca cuando la música en la trastienda comenzó a sonar. «Me

está engañando con un hombre mucho más joven que yo y seguramente está pensando en abandonarme, a mí y a mi existencia gris. Esto no te lo quería contar porque entonces me dirás que la tengo que abandonar, que el barrio, que la ciudad, que qué dirán... pero la triste realidad es que no quiero perderla. Creo que volverá a mí y que esto pasará y tú, tú nunca te habrás enterado de esto».

El amigo palideció. En todos los años que lo conocía jamás había presenciado un comportamiento semejante. Se estaban mirando fijamente cuando la música cesó y el aprendiz apareció en escena. «Repite lo que has dicho». Quiso asegurarse el amigo del 'luthier'. Éste salió del trance en el que se había sumergido y fingió una carcajada. «¡Parece mentira que no me conozcas! Todo va bien. De hecho va tan bien que esta noche vamos a la ópera –reforzó la afirmación enseñando las entradas– ¡Qué fácil es tomarte el pelo!». Arrebató el violonchelo al aprendiz y lo dejó apoyado contra el mostrador. Se disculpó alegando que debía salir a hacer un recado y le invitó a que abandonara la tienda.

Tardó horas en volver. Se paseó por distintos cafés intentando dilucidar qué es lo que había sucedido. ¿Cómo era posible que confesara tan alegremente las cosas que tanto quería ocultar? ¿Qué extraña fuerza manejaba las palabras en su contra?

El tiempo se le echó encima. Se acordó entonces de que su mujer iría a la tienda a recogerle. Apresurado pagó la cuenta y dirigió sus pasos al taller. Al llegar descubrió a su ayudante enfrascado con el maldito violonchelo. Había caído también bajo su influjo.

Ante la tardanza de su esposa decidió ayudarlo para mantener ocupados sus pensamientos y que no le traicionaran. Ajustaron el grosor del puente una vez más. Ella seguía sin aparecer. En cada prueba que el ayudante frotaba las cuerdas se sorprendía confesándole los temores de que su mujer estuviera con otro en ese mismo momento. El aprendiz, asustado, se refugiaba en el trabajo y apenas se atrevía a contestarle. Dedicaba las pocas palabras que brotaban de su boca a desviar la atención sobre el instrumento, empeño que tan sólo conseguía cuando éste dejaba de sonar. La desesperación del 'luthier' llegó a su culmen cuando en el reloj sonó la hora del comienzo de la ópera. Consternado rompió las entradas y sintió como si fuera su corazón el que se partía. Una hora más tarde su mujer llegó llorando con el pintalabios corrido. Instó al aprendiz a que se fuera con el violonchelo al otro cuarto. La miró y no encontró qué decir. Ella se le derrumbó en los brazos. El 'luthier', con lágrimas en los ojos no supo contener la pregunta. El violonchelo comenzaba a sonar en la trastienda.